



El muchacho de los mocasines

Por Inés Bortagaray
Foto de Pablo Porciúncula

Caminamos bajo los árboles en un día helado de junio. Avanzamos en silencio y oímos el silbido del pasto humedecido por una garúa intermitente que cayó en la tarde. Miro sus mocasines negros, tan poco adecuados para andar en el monte. Unos zapatos conmovedoramente formales que él se ha puesto ignorando la espesura de estos sauces llorones, mataojos y arueras reverdecidos por la lluviecita cuando el invierno es aún temprano.

Las puntas delanteras están empapadas, y unas briznas se han pegado en el cuero sintético como pequeñas fibras imantadas. Un perro insiste en ladrar, a lo lejos. Las copas de los árboles se mecen. La luz está hecha de musgo. Huelo el frío que se eleva desde el barro y le sonrío.

El suelo ahora se quiebra en una pendiente resbaladiza. Hay que cruzar una cañada para seguir.

—Dicen que acá vive un yacaré —informo.

Él se adelanta. De una zancada atraviesa la hendidura y me extiende la mano para que yo también cruce. Lo miro y no sé si llorar o hacerme la desentendida. Me desentiendo y salto. Aterrizo con los ojos apretados. Bajo los párpados las lágrimas se me alborotan y se diluyen con éxito. Me acaricia el entrecejo con dos dedos. Me inclino sobre ellos, soy la hipnotizada. Me digo que seré toda un muchachito, abro los ojos, lo veo. El jopo le cae sobre la frente. No hay determinación, sino un aire resignado.

Inés Bortagaray::
(Salto, 1975) es licenciada en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad Católica del Uruguay. Actualmente trabaja como redactora, correctora y editora independiente. Publicó los libros *Ahora tendré que matarte* y *Prontos, listos ya* además de varios cuentos en antologías, revistas y blogs. Es coguionista de los largometrajes *Una novia errante* (Ana Katz, 2006), *La vida útil* (Federico Veiroj, 2010) y *Mujer conejo* (Verónica Chen, 2011).
inesbortagaray@gmail.com

—Nunca te vi con él. No podría asegurar que no se tratara de un caso de zoantropía. Vos y el yacaré, la misma cosa.

Sonríe. Trepamos el cerro chato. Para no resbalarnos nos agarramos de los yuyos altos, como si fueran crines. Estamos embarrados. Un instante sin avanzar y ya los pies se nos pierden en la turba mojada. Ahora los tobillos. Somos personas mutiladas.

Él alza un pie, y luego otro. Lo imito. Pesan los pies cubiertos de barro. Nuestros pies nuevos, de personas primitivas y montaraces.

Le hablo de las películas con arenas movedizas. Le pregunto por qué ya no hay películas donde la gente se hunda lentamente en arenas movedizas, o sea emparedada por paredes movedizas, o se ahogue en habitaciones anegadas por el agua progresiva que brota del orificio del mal.

—¿Será porque se terminó la Guerra Fría? Con la Guerra Fría se fueron esos finales.

Pobres ojos tristes de los condenados a bajar sin pausa en las arenas. Todos tan irredentos.

Se eleva una manifestación de protesta, dolor o escándalo entre las ranas. El barullo se hace gresca. Croar. Croar. Croar. Sé que si apuro una palabra romperé el aire perfectamente frágil de la tarde. Él hunde las manos en los bolsillos de su montgomery y yo pienso en alcanzar su bolsillo izquierdo y guardar mi mano derecha ahí, junto a la suya, apretarle la palma áspera, retener los dedos encorvados con olor a tabaco, retenerlo conmigo, porque todos sabrán comprender, porque todos terminarán entendiendo. ■■